

hoja marchita; en Etiopía, plomo o gris; i en el Japon, blanco.

Tales han sido, al traves de los siglos, las diversas manifestaciones con que los hombres han acostumbrado honrar la memoria de los que fueron. Creemos que estas reminiscencias históricas no carecen de interés actualmente.

LA LECTURA DE LOS CLÁSICOS ESPAÑOLES.—Artículo de don Zorobabel Rodriguez con motivo del opúsculo publicado en Santiago en 1877 con el título de Aniversario CCLXII de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra.

Querido amigo:

¡En duro aprieto me ha puesto Ud. con su empeño de que escriba para el aniversario de la muerte de Cervantes, un artículo que, de cerca o de lejos, se relacione con la vida o las obras del inmortal autor del *Ingenioso Hidalgo*! Recia cosa es, efectivamente, amigo mio, para quien como yo, mas por obligacion que de grado, pasa la vida en este oficio del periodismo, *donde toda incomodidad tiene su asiento i donde todo triste ruido hace su habitacion*; donde toda flor de estilo se marchita i donde halla tumba abierta toda imaginacion triscadora, verse obligado a abrir un paréntesis a deshora, para solazarse en él, sabrosamente platicando, de cerca o de lejos, con quien de seguro, si resucitara, no trataria mejor las efímeras hojas que borreamos dia a dia, de lo que fueron por el cura i por el barbero su compadre *Las Sergas de Espladian*, *don Florismarte de Hircania* i casi todos los demas libros becerros que formaba la librería del señor don Quijote.

No recuerdo quién ha escrito que a haber vivido San Pablo en este siglo, habria sido diarista. Yo lo creo; pero muchos preguntarán: A haber sido diarista San Pablo, ¿lo tendríamos hoy sobre los altares? Sin duda, i mas alto talvez, digo yo. Otros dirán: imposible!—segun la idea que se tienen formada de la santidad i de los santos. Se imaginan que los santos todos han de haber sido hombres de esos que hoy llamamos buenazos, incapaces de mirar a nadie a los ojos, siempre con el paso corto, con la cabeza inclinada sobre el pecho, con los brazos cruzados, hablando pasitos, encontrando razon a todo el mundo i siendo por todos en retorno tenidos, acatados i alabados por santos. ¡Válgame Dios! ¡qué errados que van los que así piensan! ¡I cuán poca correspondencia

guarda la historia con ese ideal de algunas almas piadosas! Es cierto que una que otra vida de santo lo realiza; pero ¡cuántas, en cambio, nos muestran a los héroes cristianos, trabajando, luchando, contradiciendo, defendiéndose i hasta oponiendo el sarcasmo a las calumnias de sus calumniadores! Pongo por ejemplo San Jerónimo: ¡con qué varonil energía, con qué santa libertad, con qué estremado desden desvanece las torpes acusaciones de sus detractores! ¿Es que en las cartas en que hizo eso la altivez del romano se sobrepuso a la humildad del cristiano? Nó, a nuestro juicio; es que tambien hai una noble altivez, que mas que romana es humana, i que el cristianismo no condena.

No sé si Ud. será de mi opinion; pero si sé que ha de preguntarme, Ud. tan respetuoso de las reglas de la composicion literaria: ¿Por qué da Ud. una vela a San Jerónimo en este entierro? Se trata, no hai que echarlo en olvido, de escribir un artículo o cosa parecida, que, de cerca o de lejos, se relacione con Cervantes.

—Estoi, amigo, i procuraré esplicarme i disculparme. Yo digo que es récio empeño el suyo, porque no son mis manos, encallecidas en el manejo del hacha de abordaje, propias para ocuparse en filiales literarios. Digo mas: que si tornase al mundo el ilustre manco de Lepanto, habia de hacer pucheros de risa viéndome en el empeño en que me encuentro, aunque forzado, torno a advertirlo para descargo de mi conciencia. Porque tengo para mí que Cervantes no habria sido periodista, digo si Su Majestad hubiese dispuesto echarlo al mundo en este siglo de las luces. Tan cierto estoi de eso, como de que el ilustre solitario de Belen, si viviera, en vez de haberse ido a confinar en una zueva de la Tierra Santa, habria escojido para hacer penitencia la oficina de algun diario. Lo que quiere decir, hablando mas desembozadamente, que hai que proceder con discrecion al estudiar a los grandes escritores de los siglos pasados i al elejir entre ellos modelos de estilo apropiados a nuestra época i a nuestras peculiares tareas.

Entrar por la ventana no es, lo reconozco, un procedimiento que merezca la aprobacion de Quintiliano, de Horacio, de Boileau o de Hermosilla; pero yo le confieso a Ud. con franqueza que hai en entrar por la ventana un placer delicado, aunque sea a nuestra propia casa, i aunque la puerta de ésta se encuentre de par en par abierta. Licurgo, legislador de Esparta, debió ser de mi opinion. Ud. sabe que estableció en sus leyes la singular costumbre de que el hombre se robase, no a su querida, ni a su novia siquiera, sino a su propia mujer. ¡Robarse a su mujer! ¡Ser robada una mujer

por su marido! ¡Singulares ocurrencias de un hombre que es tacha-
do, sin embargo, de bárbaro i grosero!

Sea de ello lo que fuere, estoi ya adentro i en aptitud de plan-
tear un problema cuya solucion acertada nos interesa a todos los
aficionados a escribir. La mayor parte de nuestros profesores de
gramática i de retórica, para quienes los clásicos españoles son
verdaderos mitos, cuando hacen mas en su obsequio se contentan
con elojiarlos en conjunto o con recomendar tambien en jeneral,
sin ninguna regla o indicacion precisa, su atenta lectura. Movido
el jóven por tales recomendaciones, se procura, segun sean sus re-
cursos, o la biblioteca de Rivadeneira, o algunos volúmenes de
ella;—pongo por caso los cuatro de las comedias de don Pedro
Calderon de la Barca, los dos de las obras de don Francisco de
Quevedo Villegas, los tres correspondientes a frai Luis de Grana-
da i el único que contiene las de don Miguel Cervantes Saavedra.
Lo mas comun es que el jóven, despues de hojear, con la rapidez
de una ardiente curiosidad, todos los volúmenes que acaba de ad-
quirir, los cierre i ponga en las tablas de su estante para no abrir-
los mas. Los enredos de las comedias de Calderon le han causado
vahidos; el estilo de Quevedo le parece sutil i conceptuoso en de-
masía; Granada camina con una lentitud desesperante, ademas de
que las materias que trata no le inspiran el mas leve interés; de
Cervantes, en fin, nada mas que el *Quijote* le parece lejible, i eso
que para leerlo tiene que someterse al suplicio de recurrir cada
dos o tres líneas al Diccionario de la lengua. Tales son, por lo co-
mun, las relaciones de nuestra juventud con los clásicos de la len-
gua que hablamos.

Hai, sin embargo, unos pocos que, venciendo el fastidio, la os-
curidad i las dificultades de todo jénero, perseveran, como movi-
dos por un natural instinto, en el laboreo fatigoso de aquella mi-
na de riquezas tan ponderadas, logrando hacer al fin algun bueno
o regular alcance. La constancia con que trabajan es digna de
aplauzo; pero ¡cuánto no convendria alumbrar el sitio de las labo-
res i decir a los diversos operarios: Aquí hai de todo en abundan-
cia, pero no se halla todo revuelto i confundido! ¡Vayan por la iz-
quierda los que busquen oro: la veta de plata está hácia la derecha;
la de cobre se dirige hácia el setentrion, i los que necesiten ace-
ro lo encontrarán por la parte del mediodía!

Esta obra buena quisiera, no ejecutar aquí, que ella es superior
a mis alcances, pero al ménos señalar a la competencia de los doc-
tos. El mal que indico es grave; por esperiencia propia lo conozco.

Un día dije a mis adentros: Si el toque está en imitar a Cervantes, manos a la obra; i a la obra me puse hasta adquirir el triste convencimiento de que si hai mucho que aprender en aquel insigne escritor, hai que tener tambien muchísimo cuidado para no tomar de él sino lo que es bueno i adaptable al gusto i a la manera de ser de nuestra sociedad. I lo que digo de Cervantes, dígolo tambien de los demas clásicos españoles, por mas que entre ellos pueda observarse una gran variedad de estilos. Sin salir de los que escribieron en el siglo de oro i sobre asuntos análogos ¡qué diferencias de estilo entre *Las Miradas* de Santa Teresa, *Los Nombres de Cristo* de frai Luis de León i la *Subida al Monte Carmelo* de San Juan de la Cruz! Ateme Ud, si puede, *Las cuatro Pestes i las cuatro Fantasmás* de don Francisco de Quevedo, con el *Guia de Pecadores* de frai Luis de Granada, o la *Politica de Dios i Gobierno de Cristo*, de aquel mismo, con la *Idea de un Príncipe político cristiano* de Saavedra Fajardo o con el *Tratado del Príncipe cristiano* del padre Rivadeneira No prosigo por no fastidiar; pero pare Ud.-la consideracion en las novelas de Cervantes, i dígame despues en qué se parece el estilo de ellas al de las que le precedieron i siguieron, desde la *Celestina* de Fernando de Rojas, o de quién sea, hasta los cuentos de doña María de Zayas?

De manera, pues, que despues de mirar por sus diferentes aspectos el punto que intento señalar al estudio de los aficionados, resulta, que aun cuando todos los clásicos son dignos de estudio, no todos son igualmente propios para servir de modelos a todos los que deseen perfeccionar su estilo o formarse uno, i que aun despues de elejidos los modelos mas adecuados a nuestras particulares tareas, no hemos de imitar lo bueno i lo malo, o siquiera todo lo bueno que en ellos admiramos.

No sé en qué parte de su *Introduccion a la Vida Devota* dice San Francisco de Sales que la verdadera piedad es de condicion de las abejas que transforman en miel cuantos jugos chupan de las plantas, hasta el mui amargo del tomillo. Hermosa comparacion, a cuya belleza no obsta el error de hecho en que se fundaba. Rectificándolo, digo yo que el discreto admirador de los clásicos debe hacer como aquellos insectos, esto es, repasar una a una prolijamente las plantas del jardín que ellos forman, para sacar con sutileza grande no solamente la miel de donde quiera que se encuentre, sino tambien la resina, el pólen i demas sustancias propias a la satisfaccion de sus necesidades. Si fuera posible, todos los clásicos debieran estudiarse, porque en todos hai de todo; pero

como lo frecuente es que eso no sea posible, importa saber bien en qué abunda cada uno de ellos, para no ir a buscar en los mas melosos la acre resina, ni en los mas resinosos el pólen fecundante.

Hai, como se ve, una clasificacion que intentar de los clásicos españoles, segun sus afinidades de estilo i segun su aptitud para servir de modelos a los que desean espresarse con propiedad, correccion i elegancia. Esta empresa es árdua, segun queda ya declarado, i vuelvo aquí a repetir que la considero superior a mis fuerzas. Me faltan el tiempo i el espacio, i aunque ni tiempo i espacio me faltasen, me faltaria la competencia. La vida de un hombre apénas bastaria para un mediano estudio nada mas que de los autores i obras que se contienen en la Biblioteca de Rivadeneira: ¿i quién podria, aunque quisiera, consagrar su existencia a trabajo tan poco lucrativo? Sin embargo, otros mas fatigosos e ingratos se han ejecutado en todos los tiempos por los hombres de buena voluntad, i desde que la empresa es posible, conviene señalarla. Puede que se encuentre alguno a quien su misma dificultad aguijonee.

Lo dicho no debe, empero, causar a nadie desaliento, ya que el trabajo de clasificacion que indicamos no debe mirarse como un indispensable requisito para sacar provecho de la lectura de los clásicos de nuestra lengua. En todos ellos, en efecto, encontrariamos mucho que aprender si los leyésemos con el método i detencion debidos. De otra suerte los clásicos no serian tales. Todos ellos, por el hecho de serlos, i aparte de las jeniales cualidades de su estilo, pueden ayudarnos, en mayor o menor grado, a aumentar el caudal de voces que hayamos adquirido en el trato familiar i en los libros contemporáneos; a conocer la recta significacion i a veces tambien la verdadera etimología e historia de muchas voces; a habituarnos a la cadencia de la frase castiza; a connaturalizarnos con los jiros i modos de decir de los maestros; a evitar los barbarismos i solecismos de construccion i de vocablo; a adquirir, en suma, aquel fino gusto i delicado instinto literarios que solo es dable adquirir en la intimidad de los clásicos, esto es, de los escritores de una época en que parece que los hombres respiraban en la atmósfera el don de escribir galanamente.

Pienso detenerme un momento en la esposicion de esos frutos que pueden obtenerse de la atenta lectura de los clásicos; mas, conviene explicar ántes el mejor modo de hacer esa lectura.

Ella no debe empezarse en la disposicion de espíritu en que iniciamos, verbi-gracia, la de alguna novela de las llegadas por el úl-

timo vapor, sino en la mas perfecta calma, léjos de toda curiosidad mujeril i de toda pueril impaciencia. Olvidese el que emprende la lectura de un clásico de que tiene otros libros en su estante i un rintero talvez de revistas sobre su escritorio; abstráigase de toda preocupacion material i de toda inquietud moral, i, si puede, haga un esfuerzo para remontar mentalmente la corriente del tiempo i ponerse en situacion de los hombres que en el siglo XVI no tenian sino unos cuantos volúmenes para pasar las largas veladas que les imponian a una la pobreza, el despotismo i la desconfianza mutua. Una vez entonada así el alma i puesto el ánimo en su debido punto, tómese un buen Diccionario de la lengua, un lápiz i un libro en blanco. Creo haber leído en Bálmes el consejo de leer siempre las obras serias con lápiz en mano. Los clásicos no pueden leerse provechosamente de otra suerte.

¿I para qué el lápiz i el cuaderno en blanco? se me preguntará talvez. Sirven para anotar, tan clara i lacónicamente como se ocurra: 1.º los pasajes en que se condene alguno de nuestros vicios favoritos de lenguaje; 2.º aquellos en que ocurran palabras dignas de conservarse en la memoria, ya porque nos den el medio de evitar algun inelegante circunloquio, ya por corresponder a ideas o palabras de otros idiomas que ignorábamos cómo espresar en el nuestro, ya por cualquier otro motivo; 3.º las etimologías curiosas; 4.º las diferencias delicadas entre voces que reputábamos sinónimas; 5.º aquellas sentencias, refranes, juegos de palabras, pensamientos, etc., que por cualquier motivo o para cualquier fin reputemos que pueden sernos útiles.

Solo quien haya experimentado las ventajas de proceder así comprenderá que no es trabajo perdido el que aconsejo, i que tan léjos de ser perdido, retorna muchas veces hasta ciento por uno.

Para que se comprendan mejor las indicaciones que preceden, voi a poner algunos ejemplos, copiándolos de mi cuaderno, que llamaré *auxiliar de la lectura de los clásicos*.

PORQUERON.—Vocablo espresivo para nombrar con desprecio a los corchetes que andan a caza de personas a quienes sorprender en murmuracion contra los que mandan, para prenderlas.

«.....pero tambien ha habido algunos de los mas principales señores del Reino que se han abatido a hacer oficio de *porqueros* i de espías.»—(Rivadeneira, *Cisma de Inglaterra*, páj. 335).

ESPEJARSE.—Vocablo anticuado ya, pero mui útil para evitar el circunloquio *mirarse al espejo*.

«.....i finalmente procure (la mujer) de tenerle (al marido) en

lugar de Dios i *espejarse* en él i mirarle como a sí mismo.»—(Rivadeneira, *Tratado de la Tribulacion*, páj. 397).

EMPICOTAR.—Mejor que *poner en la picota*, único que usamos. «No sé cómo no tienes noticia de la que *empicotaron* por hechicera.»—(Trajicomedia de Calixto i Melibea, álias la *Celestina*).

PORRADA.—Equivalente a *necedad*.

«¡Maldito sea este necio i qué *porradas* dice!»—(Id., id.)

GUASCA.—La que usan los jinetes para azotar el caballo es *látigo*.

«Yo tengo
Botas, i te las daré;
I espuelas i silla i freno.
I látigo.....»

(MORATIN, *La Mojiyata*.)

DE CORO.—Por *de memoria*.

«Ciento i tantas oraciones sabia *de coro*».—(Hurtado de Mendoza, *Lazarillo de Tórmes*).

HACIENTE.—Convendría rehabilitar algunos sustantivos verbales en *ante* i *ente*, que en lo antiguo se usaron para indicar la persona que ejecuta la accion del verbo.

«Considera que si aquí presente él estuviese, responderia que *hacientes* i *conscientes* merecen igual pena.»—(*La Celestina*).

«Señora, la fama de tu jentileza, de tus gracias i saber vuela tan alto por esta ciudad, que no debes tener en mucho ser mas conocida que *conosciente*».—(Id.)

«El que su vida levanta
De la tierra
I a los vicios hace guerra,
Ese irá con los *gozantes*
De la iglesia verdadera.»

(JIL VICENTE, *Auto de moralidad*).

«Ni las albercas i fuentes
Ni las aves *producientes*
De cantos tan consolables.»

(RODRIGO DE GOTA, *Diálogo entre el Amor i un Viejo*).

ESTANTE.—Para indicar las cosas que no cambian de lugar; en muchos casos mejor que *sedentario*, *fijo* etc. «.....Contra la opresion de la agricultura i del ganado *estante*».—(Jovellanos, *Lei agraria*). Lo contrario de *estante*, hablándose de ganados, *traslumante*.

DESPOSANDA.—Hermosa voz, anticuada malamente: la que ha de casarse, novia.

«E como entendiera en buscar la tredécima *desposanda*.»—(J. E. de Hartzenbusch, *La Novia de Oro*, cuento en castellano antiguo).

Véase sobre la pérdida que hemos hecho perdiendo los participios latinos en *us* i en *urus*, Clemencin, *Comentario al Quijote*, tom. I, páj. 75.

HAMBREAR.—Padecer hambre, útil para evitar el rodeo.

«.....i volvieron a *hambrear* como solian.»—(Quintana, *Vaseo Nuñez de Balboa*).

CONTRAFACCION.—Segun el *Diccionario de la Academia* es anticuado, i eso en el sentido de infraccion, quebrantamiento.

Parece indispensable, sin embargo, para traducir el *contrefaçon*, frances i tambien el *contrefaction* id.

El *Diccionario Frances-Español* de Salvá dice *contrahacimiento*, que francamente nos suena mal.

«Del mismo año de 1812 aparecen dos ediciones, de las cuales la una es probablemente *contrafaccion* de la otra,» etc.—(Nota de don Buenaventura C. de Arribau a la *Escuela de los Maridos* de Moratin; edicion de Riv.)

LLANTEAR.—Talvez convendria resucitarlo para denotar al que llora *con ruido*, i no solamente *con agua*, en lo que parece diferenciarse de *llorar*.

«Yo siempre *llanteo* e cramo
Que se suena que nuestro amo
Se quiere a las Francias ir.»

(JUANA DE ENCINA, *Egloga*.)

TRIGO EN BERZA.—Entre nosotros *trigo en yerba*.

«De los perros, dice Alberto Magno, que cuando sienten en sí lombrices se curan comiendo el *trigo en berza*.»—(Granada, *Símbolo de la fé*).

AGRIO.—«Por *agrias* cuestras i escarpadas torchas.»—(El duque de Rivas, *Moro Espósito*).

COJIOSO.—«El que se queja por causas lijéras.»—(Baralt, *Dic. Galic.*, voz *caxijente*).

CARETERA.—Desde hoi que te he visto en el Refranero de Sbarbi, jadios *coquetas!*

EXTREMARSE.—Es lo mismo que llegar al estreme, al cabo, al

último punto, verbo bien formado i útil; aunque casi enteramente olvidado:

«Antes por *extremarme* en mi querella
Estar sin ella enteramente juro.»

(CERVANTES, *Quijote*, cap. XIV).

MAGÜER.—Voz malamente anticuada, como lo son todas aquellas que hoy si se rehabilitasen nos servirian para evitar las frecuentísimas repeticiones del fastidioso *que*.

«..... a fin de que en todos tiempos aparezca la sinrazon con que un fraile sin crianza, *magüer* de campanilla,» etc.—(Puigblanch, *Opúsculos*).

TOMAJON.—El que toma con frecuencia i descaro.

«I con otras insolencias i lisonjas i ser alcahuetes adquieren estos *tomajones* el vestido, la gala, i el caballo prestado para bizarrear una tarde.»—(Quevedo).

COLLECTEUR.—El que recoge la limosna en una asamblea. Su propia traduccion castiza es *questador*, aunque el Diccionario no lo trae.

«..... Santo i mui bueno
Cuando solo al socorro del mendigo
Del frio *questador* aspira el seno.»

(BRETON, *Desvergüenza*).

SPLEEN.—Se dice en castellano, aunque familiarmente, *morriña*.

«I si te da la morriña
Que dura meses enteros»

(MORATIN, *El viejo i la niña*).

NAO.—«Algunas veces las muchas mercedes las hacen andar mas aniquiladas, que temen que como una *nao* que va mui demasiado cargada se va a lo hondo, no les acaezca así.»—(Santa Teresa *Moradas*.)

Don Modesto de la Fuente pone al pié de la página la siguiente nota:

«Así dice en el orijinal, nav, en vez de *nao* o sea *nave*. Frai Luis de Leon puso *nao* i así se continuó en todas las demas ediciones. Echase de ver que de *nave* se dijo *nav* i de *nav* se dijo *nao*.»

Para mi intento basta i sobra. En efecto, se comprende qué colleccion tan variada i preciosa de noticias, de observaciones, de rectificaciones i de enseñanzas se ha de ir formando así poco a poco i

casi sin notarlo, cuando se tiene fuerza de voluntad para perseverar en el método indicado durante algunos años i llenar de apuntes del jénero de los arriba trascritos algunos centenares de pájinas. Ese método es indispensable, sobre todo para los que no hemos recibido de Dios el don de una feliz memoria. Nuestro libro en blanco, verdadera alcancía literaria, se llena sin saber cómo i nuestra intelijencia experimenta un dia delante de los tesoros que ella misma se ha proporcionado, la agradable sorpresa del pobre que, despues de depositar durante muchos años sus economías en una caja de ahorros, encuentra sus centavos trasformados en pesos, i sus pesos en bellos i relucientes cóndores.

No son solos esos frutos, que se van poco a poco depositando en la troj, los únicos que se adquieren en el comercio con los clásicos; que hai otros, de no menor precio, que vamos dia a dia i hora a hora consumiendo i asimilándonos.

La ánfora que ha conténido un jeneroso vino conserva, segun lo observó Horacio, durante mucho tiempo su fragancia: así, el hombre que frecuenta una sociedad tan escojida de ingenios como la que forman los clásicos españoles, se asimilará, sin darse cuenta de ello talvez, pero seguramente, la elegancia de sus maneras, la pureza, la abundancia i la dignidad de su estilo.

La lectura de los maestros es el coronamiento indispensable del estudio de las reglas de los gramáticos i retóricos. Un cierto hábito del oido a la cadencia de la frase castiza, una vaga reminiscenci de la propia significacion de cada voz, un cierto dejo en el paladar literario de la construccion cervantina, i un ténue remusguillo del siglo de oro a la vez balsámico, hijiénico i desinfectante, valen muchísimo mas, para evitar las caidas i atinar con el verdadero camino, que todas las reglas juntas de los preceptistas. No las tachamos de supérfluas, pero sí quisiéramos que nadie las tomase por mas de lo que son: útiles auxiliares. Las reglas, por mas acertadas que sean, solo consiguen penetrar hasta la memoria. El gusto por el castizo estilo que la lectura de los clásicos forma i perfecciona, es algo que se adhiere mas íntimamente a nuestro ser, algo que, una vez adquirido, ya no podríamos perder sin perder una parte de nuestra propia sustancia. Apelo al testimonio de quien desee hacer la prueba. Tome el lector un volúmen cualquiera de los maestros del idioma español, léalo en la forma que he recomendado i dígame si todo termina, una vez que le haya dado término, o si, por el contrario, cree sentir, cuando pone el oido a su interior, un suave concierto, un apacible ruido, una melodía delicada, en fin,

i para valernos de un verso de San Juan de la Cruz (horriblemente cacofónico para los retóricos, pero que à mí me suena a música del cielo):

Un no sé qué quedan balbuceando.

Cuando me esfuerzo en descomponer ese *no sé qué*, creo distinguir en él los elementos que ya tengo indicados.

Primeramente, un aumento i renovacion considerables del caudal de voces que nos ha proporcionado el trato familiar i la lectura de los diarios i libros contemporáneos. Merced a las adquisiciones que vamos haciendo, nos es posible satisfacer las exigencias, siempre crecientes tambien, del gusto en cuanto a la propiedad de las palabras. Si de ántes nos dábamos por satisfechos al encontrar una palabra que envolvese nuestra idea como con un tosco domínó, bastándonos, por consiguiente, unas cuantas de aquéllas para una multitud de éstas, despues, comprendiendo que la palabra debe ser a la idea como el vestido bien cortado al cuerpo, medio de exhibirlo decentemente en la verdad de sus formas características, i no difraz, caricatura o envoltorio, necesitamos aumentar su caudal, de suerte que no solamente no falten palabras para las ideas sino que siempre encontremos a la mano, como dócil esclava, la palabra de la idea.

En segundo lugar, i como resultado de aquel primer beneficio, nos suministran tambien los clásicos luces sobre la etimología, las alteraciones sucesivas, acepciones propias i rejímenes correctos i elegantes de cada voz. Nos hacen penetrar en los secretos de la lengua, dánonos a conocer sus tribus, sus familias i sus individuos i quitando de nuestros ojos el velo que nos obligaba a andar a tientas, inciertos de nuestra vía i temerosos de caer a cada paso. ¡Qué diferencia entre el que escribe sin otro guia que sus reglas, i el que escribe guiado por ese indefinible instinto que hacen nacer los clásicos! El primero nada como el niño que, sostenido por su salvavidas, brucea i patalea sin avanzar un palmo; el segundo nada como el pez, sin fatiga, sin ruido, sin apoyarse en nada. El primero, manteniéndose a flote, se imagina muchas veces en el fondo, que es para él lo desconocido i terrible; el segundo, conocedor de todas las profundidades i de todos los escollos ocultos, nada sin acordarse de ellos, i hasta cuando cautelosamente procura evitarlos, rodeándolos, lo sabe hacer con tanta naturalidad i gracia, que los espectadores lo aplauden, figurándose que se solaza i gallardea.

Terceramente, se halla en el ejercicio que voi encareciendo el

único preservativo seguro de la infección extranjera i especialmente galicana que aqueja a los países de habla española. El *Diccionario* de Baralt, cuyo uso veo por fortuna jeneralizarse en Chile, es un excelente consultor a quien acudir en caso de pecado o de escrúpulo; pero ¡cuánto mas fácil es pecar sin sospecharlo en literatura que en moral! I de estas dolencias que nosotros mismos ignoramos ¿qué facultativo podría preservarnos? El mas sabio perdería su ciencia, i su solicitud el mas abnegado.

Sin embargo, lo que no puede hacer el médico, puede obtenerse de una constitucion robusta i de un acertado régimen hijiénico. Mientras nos atengamos a los diccionarios, los estranjerismos, cien veces espantados, volverán otras ciento, como las moscas. Solo refujiándose en la atmósfera sana, fortificante e insecticida que se respira entre los clásicos, es dable librarse de ellas para siempre. ¡Qué de veces, repasando lo que hemos escrito, no reconocemos con dolor haber dado en arrecifes o en bajos marcados con tintas de colores en cartas de marear que nos sabemos de pe-a-pa! i lo que es mas admirable aun, en cartas que talvez nosotros mismos hemos dibujado! Fracasos tales, serian para desalentar a los mas animosos, si no supiéramos por esperiencia que lo que no es dable conseguir con el paciente estudio de las cartas de marear, puede conseguirse con ese instinto maravilloso, verdadero don de adivinacion, que distingue a los prácticos de nuestros archipiélagos del sur. ¿Qué otros medios de hacernos prácticos para navegar sin contratiempo en el vastísimo e intrincadísimo archipiélago de nuestra lengua, que recorrerlo sin cesar en todas direcciones, siguiendo la blanca estela que los clásicos dejaron en sus estrechos, golfos i canales?

Indicado ya el método, en mi concepto mas provechoso, que debe seguirse en la lectura de los grandes maestros de la lengua, i enumerados los mas notables frutos que de ella puedan obtenerse, réstame solamente poner en guardia al lector contra los peligros de un entusiasmo poco discreto i de un espíritu de imitacion ciego e inconsiderado.

Por regla jeneral, puede decirse que si todos los clásicos son dignos de estudiarse, ni aun los mas eminentes pueden imitarse, sin incurrir en afectacion e intolerable amaneramiento. Su estilo tiene cualidades que, correspondiendo al ideal inimitable de belleza, serán en todos los tiempos, en todos los países i hasta en todos los idiomas, deben procurar poseer cuantos intenten escribir obras dignas de ser leídas por la posteridad. La claridad, la abundancia, la co-

rreccion, la naturalidad, el vigor, la armonía, etc., son en mayor o menor grado, desde Homero hasta el día de hoy, como los caracteres distintivos de la raza de los grandes escritores.

Por el lado de esas cualidades que caracterizan el estilo de los maestros, aparecen otras que pudieron ser, o condiciones de éxito feliz, o reflejos de la sociedad en medio de la cual vivían i para quien especialmente escribieron, i esas por de contado, en vez de imitarse, deben ser cuidadosamente evitadas.

Fijando la consideracion en Cervantes, se ve que la principal cualidad de su estilo, no adaptable a la época presente, es la abundancia. «Apénas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha i espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, i apénas los pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habian saludado con dulce i melifluo armonía la venida de la rosada aurora, que dejando la blanca cama del celoso marido por las puertas i balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante i comenzó a caminar por el antiguo i conocido campo de Montiel (i era la verdad que por él caminaba); i añadió diciendo: ¡Dichosa edad i siglo dichoso aquél a donde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles i pintarse en tablas para memoria en lo futuro!»

¡Qué asombrosa grandilocuencia, qué raudal de bien escojidos calificativos! ¡Qué admirable naturalidad i qué calma para dejar correr la pluma a sus anchas por los floridos campos de una fantasía exhuberante! ¡Imagine el lector con qué deleite no leerian i tornarian a leer períodos como el copiado, en secreto i en alta voz, los fuertes i ociosos hidalgos castellanos del siglo XVII! Con tiempo desocupado, con robustos pulmones, el período trascrito no hai duda sería delicioso de leer. Pero hoy, que la costumbre de criticar i de analizar nos ha vuelto displicentes; hoy, cuando, en vez de arrobarnos contemplando la brillante madeja que forman las doradas hebras de la abundante cabellera del rubicundo Apolo, nos damos un trabajo infinito en contar i describir, clasificar i fotografiar las manchas de su rostro; hoy, cuando las reglas de la gramática i las exigencias de un fino análisis impiden a la lóca de la casa que cabriolee por miedo de que caiga; en este siglo, en fin, en que los héroes en vez de llevar cubiertos los pechos con ferrada coraza, los llevan farrados con emplastos antirreumáticos; cuando noventa por ciento de los que leemos i escribimos somos anémicos,

tísicos, asmáticos, dispépticos i verdaderas plagas vivientes; en este siglo, repetimos, tales períodos no pueden leerse, ni respirarse siquiera. Su lectura pide mucho tiempo i muchísimo esfuerzo. Si el uso no los hubiera proscrito, la junta de sanidad no habria dejado de hacerlo.

En esta época del vapor i de la electricidad en todo nos gusta ir de prisa, porque tenemos el presentimiento de que hemos de concluir luego. La atencion se fatiga de seguir el desenvolvimiento de un mismo período al traves de más de cuatro líneas. Nos fastidiamos de que se nos presente una série de sustantivos envueltos en sus adjetivos, como solemos rehusar las nueces por no darnos el trabajo de descascararlas. Ellos escribian con plumas de ave, blandas, sumisas, incapaces de revelarse contra la mano que las oprimia, símbolos de la libertad de la fantasía; nosotros escribimos con plumas metálicas, duras, chillonas, taimadas a veces, símbolos de los gustos i de las exigencias de los tiempos. La pluma de ganso hacía compañía al escritor durante meses i durante años: veinte veces descompuesta, era otras tantas tajada i afilada por él; la pluma de acero; no mas feliz que el hombre del siglo XIX, sacada de la caja en que la metieron despues de fabricada, es sometida a un trabajo incesante i cruel, i una vez descompuesta, se arroja al cajon de la basura. Ellos leian a la luz de un velon de sebo, con las interrupciones que exijia su despabiladura frecuente, un libro cada año o cada seis meses; nosotros leemos, o mas exactamente, nos imaginamos que leemos, uno cada dia: el gas no necesita despabiladeras.

Dejo aparte la apreciacion del hecho i me limito a señalarlo porque él puede indicar a los escritores o a los que aspiren a serlo, los puntos en que no conviene imitar servilmente a los clásicos.

La atencion fatigada del público exige hoi del escritor como cualidades indispensables, la variedad, la claridad i la concision. Los que leen, esclavos casi siempre de sus quehaceres, juguetes de sus compromisos, quieren leer lo mas posible en el menor tiempo posible. Gustamos de los libros pequeños, de los capitulos breves, de los períodos cortos. Cualquier esfuerzo corporal o mental nos intimida. Cualquier alimento que no esté desmenuzado se nos atraganta; i si las cosas siguen como van, ántes de mucho grajeas serán nuestro único alimento, i píldoras la única forma en que los médicos receten sus remedios.

En los clásicos predomina el lirismo; en los buenos escritores

contemporáneos el pictorismo. Ellos amplificaban sin peligro; nosotros debemos abreviar. Ellos eran como el sombrerero de Franklin, que quería poner sobre la puerta de su tienda un sombrero pintado i un letrero que dijese: *John Adams, hace i vende sombreros*. Nosotros debemos ser como el amigo que le aconsejó borrarse la leyenda i dejase solamente el sombrero pintado. Los que llegan a nuestra hostería nos dicen que tienen hambre, que van de prisa i que carecen de dientes. Procuremos entónces darles con lijereza alimentos nutritivos i fáciles de masticar. Especiémoslos tambien fuertemente, porque aunque los pasajeros no lo digan, el uso de los estimulantes les ha embotado el gusto: ¡dolorosas miserias que no debemos considerar con soberbia (¿quién podría arrojarles la primera piedra?) sino con el propósito de hacerlas algo mas lle vaderas!

En suma, cuando hayamos obtenido de la lectura de los clásicos cuanto ellos pueden darnos, nos encontraremos en situacion de dar a los lectores de nuestra época cuanto es posible concederles. El toque no está en escribir ni como Cervantes, ni como Granada, ni como Quevedo; está en escribir bien, esto es, correcta, castiza i elegantemente.

¿Quién puede saber cómo Cervantes, Granada o Quevedo escribirían si hoy vivieran? Una sola cosa sé yo i es que escribirían admirablemente, procurando satisfacer las exigencias de los lectores contemporáneos; pero solo en cuanto esa satisfaccion no implicase el rechazo de las exigencias eternas del eterno ideal de belleza, única fuente en que han bebido su inmortalidad todos los inmortales de la república literaria.

ETNOLOGÍA FILOLÓJICA AMERICANA.—Apuntes de don Rafael B. Gumucio sobre el idioma quichua.

I.

Segun las tradiciones mitológicas de los quichuas, los progenitores de sus incas fueron Manco Ccapacc i Mama Occlla (i no Mammo Oello, como ha escrito la mayor parte de los modernos historiadores). (1) Eran hermanos i esposos a la vez e hijos del Sol.

(1) *Mancu*, leñador, cortador de madera. *Ccapacc* significa rico, i *Mama Occlla* madre cariñosa, que abraza en su seno.